

Isabel Román Gutiérrez y Marta Palenque. *Pintura, Literatura y Sociedad en la Sevilla del siglo XIX: el álbum de Antonia Díaz*. Sevilla, Diputación de Sevilla, Colección Arte Hispalense, nº 83, 2008, 262 pp.

<https://doi.org/10.55422/bbmp.612>

Camino de Francia, la niña Natalia Jiménez Cossío llevaba al exilio, en una mano, un maletín, mientras que, con la otra, se aferraba a su álbum. Al trazar la necrológica de la hija de Alberto Jiménez Fraud, fundador de la Residencia de Estudiantes, José García-Velasco evoca aquel preciado objeto que constituía su equipaje y a la vez la memoria de la Residencia: «Se lo regaló el poeta Max Jacob, con un autorretrato bienhumorado y sagaz, en 1926, un año de esplendor para la Residencia. Muchos de los conferenciantes invitados dejaron en él sus textos y dibujos, algunos espléndidos: Chesterton, Wells, Carter, Valéry, Keynes, Marie Curie, Le Corbusier, Gropius, Dalí, Moreno Villa... Natalia logró proteger su álbum, y atravesando una España rota por la guerra, ponerlo a salvo para que llegase hasta nosotros» (*El País*, 9-X-2008).

Ya fuese la fausta fortuna ya el esfuerzo de unos pocos, el logro de la preservación documental del pasado transferido en forma de álbum, cuando se ha dado, nos ha puesto en contacto con una visión más íntima, más cercana, más cálida, de los fenómenos literarios y artísticos que acontecen a partir de la década de 1830. Muchos de ellos fueron conformados por niñas, luego adolescentes y mujeres. Aunque con vocación de silencio e incluso mudo, aquel depósito de sus experiencias estéticas tuvo que colmar en parte sus aspiraciones contemplativas e incitar a otras de actividad poética e intelectual. Un pequeño mundo delicado y de límites precisos, cultivado con mimo en el transcurso de los años, atesoraba su educación sentimental, servía de vehículo de sus ansias más secretas reconfortando las penas y testimoniando esperanzas, deseos contenidos, gustos y preferencias artísticas.

Entre confidencias, cabe recordar, el lector de *Su único hijo* sabe que Emma Valcárcel podría haber descubierto quién era Marta Körner si supiese que poseía un *álbum de intimidades* en el que iba compilando firmas que contestaban a preguntas del orden de cuál es su color preferido, cuál su virtud predilecta, cuál su autor... y que por tanto estaba en el secreto del gusto de Liszt por las trufas o de las penas más ocultas de un poeta de la *Joven Alemania*, elegidos trofeos de distinción exclusiva que supuestamente la facultaban para calibrar la belleza y sus sucedáneos.

Aquellos álbumes en los que volcaban insatisfacciones y afanes eran el interlocutor soñado. ¿Cómo no habían de ser elocuentes? ¿Cómo no habían de dar la medida de una vida vivida en parte para ellos y gracias a ellos justificada? El profesor Leonardo Romero Tobar ha ahondado en los repertorios artísticos que entrañan los álbumes de las románticas. Precisamente en esa rigurosa senda de exhumación de tantas voces (auto)silenciadas, hemos de situar el presente libro, complemento perfecto del anteriormente publicado por sus dos autoras, y reseñado por Borja Rodríguez Gutiérrez en el *BBMP* (LXXXIII, 2007: 510-513), *‘El silencio será nuestra poesía’*. *Antonia Díaz de Lamarque, una escritora sevillana del Ochocientos*. Al análisis meticuloso de esta figura, que no por no ser de primer orden pierde su condición de paradigma, que este libro acometía (anticipado ya en un artículo sobre «Los límites de la escritura femenina: vida y obra literaria de Antonia Díaz de Lamarque», aparecido en 2005 en *Lectora, heroína, autora. (La mujer en la literatura española del siglo XIX)*, ed. De V. Trueba, E. Rubio, P. Miret, L. F. Díaz Larios, J.-F.

Borrel y L. Bonet, Univ. de Barcelona/PPU, pp. 277-291), viene a sumarse ahora el estudio analítico, verdaderamente exhaustivo y delicado, del álbum de la sevillana.

Primoroso en su presentación evocadora del precioso álbum de doña Antonia (Marchena, 1827- Dos Hermanas, 1892), consta en primer lugar de una breve sección biográfica, habida cuenta del amplio rastreo del libro de 2007, seguido de un muy sugestivo capítulo destinado a determinar en qué consistió «La moda del álbum», cómo se hermanaron en el ámbito femenino de los salones – verdaderas academias condensadas (p. 28)- el arte, la música y la poesía y produjeron esos ambulantes *pequeños museos o cofres de vanidad* que son los álbumes, genuino venero de la expresividad romántica, crisol de toda una retórica de justificaciones y protestas cortesas. Ante nuestros ojos cobra vida el salón altoburgués de la Alquería del Pilar y llegamos incluso a atisbar la gruta artificial que doña Antonia hizo construir para mantenerse en total aislamiento (p. 74). Vamos descubriendo entonces que aquel paraíso privado, templo de la cultura y las Bellas Artes (p. 83), habitado por pájaros y libros, tenía como escaparate reservado sólo a iniciados un estuche pequeño y casero: un álbum.

La parte del león de este ensayo de impecable factura la ocupa, sin embargo, el estudio pormenorizado del álbum en cuestión, fruto de la privacidad compartida por los Lamarque con amigos poetas y folkloristas béticos, de la comunión poética sevillana a la sazón existente y vinculada en parte a los Montpensier. Engrosan esa lista de firmas eclesiásticas, clasicistas sevillanos exponentes de la secular escuela poética sevillana (Rodríguez Zapata, Fernández Espino, Vidart, Bueno, Campillo, Díaz de Benjumea), y otros afines como Pongilioni, viajeros y amigos foráneos (Schuchardt y Fastenrath) y una no tan exigua representación femenina (Böhl de Faber, Isabel Cheix y Pilar Sinués). La pluma y el pincel son los instrumentos de fabricación de esta muestra de *lujo asiático* que Isabel Román Gutiérrez y Marta Palenque describen y examinan con tan encomiable precisión como amena viveza. Diríase que estamos ante el mismo álbum, pese a no tratarse de una edición facsimilar, tan convincentes son el modo expositivo, la elegante argumentación de ambas profesoras y el tratamiento cuidadoso y pulcro al que se someten las vertientes textual, metatextual e icónica que surgen del álbum.

El trinomio conceptual del título del álbum-libro otorga el primer lugar a la pintura (como sucede en los álbumes de Julia Espín, dados a conocer por el profesor Jesús Rubio Jiménez, y que contienen soberbios dibujos de Gustavo Adolfo Bécquer). En el caso presente, ése es el eje más valioso a juicio de las autoras, en esa competición que con la poesía –poesía albumística, al fin, pero canónica: predominio de sonetos, quintillas, romances y endecasílabos y heptasílabos; talante moral y laudatorio- se entabla, eje plasmado en epígrafes referidos a tipos y escenas de costumbres, paisajes y arquitecturas, pinturas históricas, literarias y religiosas, retratos, un bodegón, firmas extranjeras, ejercicios caligráficos y otras técnicas (lápiz, plumilla, huecograbado, fotografías, unos pensamientos pintados sobre tela de seda...). Encontramos sobre todo acuarelas y óleos. Hay un dibujo de G. A. Bécquer que bien pudo llegarles a los Lamarque a través de Valeriano o de Narciso Campillo, como se apunta. Vemos a majas, como la de la hermosa cubierta, pero también a un aguador, a un conseguido picador, algún ejemplo de *fortunyismo*, obras de Canto Torralba, de Antonio Morgado, una marina...

Pintura, Literatura y Sociedad en la Sevilla del siglo XIX: el álbum de Antonia Díaz ofrece asimismo al lector un colofón conclusivo que da paso al catálogo del álbum, a las bellísimas ilustraciones, comentadas oportuna y sagazmente, y a la bien ponderada bibliografía.

Nos hallamos, pues, ante un delicado objeto bibliográfico, verdadero tributo al discurso poético-pictórico en cuyos cauces y márgenes vivieron y crecieron mujeres de letras como Antonia Díaz de Lamarque en un tiempo ya realista que mantenía resabios de conflictiva pervivencia romántica. Lejos de verse arrumbada, la autora de *Flores marchitas. Colección de baladas y leyendas* (1877), tuvo el privilegio de integrarse en «el elitista y eminentemente masculino círculo de los elegidos» (p. 9). Fue una autora que aun habiendo entrado en el canon mediosecular sevillano y llegando a ver sancionadas por la imprenta obras en prosa, las menos, y verso, las más, reservó para su alcancía suspiros y aromas, colores y trazos, como si el apremio del estro no se viese satisfecho en la proyección pública y tuviese en las páginas tantas veces acariciadas de un álbum más feliz y auténtica expansión.

Pero el álbum es también testigo de la compenetración con su marido, José Lamarque de Novoa, gracias a cuyas gestiones y contactos se reúnen imágenes y textos, y ello conduce a atribuir, en cierta medida, al resultado, que hoy conocemos gracias al loable empeño científico de I. Román Gutiérrez y de M. Palenque, un cierto carácter dependiente o vicario con respecto al polígrafo y marido mediatizador, también influyente —y tal vez no para bien— en los derroteros poéticos clasicizantes de su esposa. En la estirpe de otras escritoras isabelinas, entregando su vida a la literatura, su nombre penetra en la historia literaria y cultural de la mano del de su marido, fascinado por el prurito coleccionista y por el maridaje entre el texto y su ilustración y viceversa.

Autora de una poesía que se mueve entre los impulsos esproncedianos y los designios circunstanciales, conmemorativos y celebrativos servidos en el molde del clasicismo, participa de la veneración adscrita al autógrafo que cuaja también en libros y abanicos. El verso deviene instrumento social, agasajo celebrativo de convencionales encuentros anunciados por arabescos inscritos en tarjetas de visita.

Este libro conjunto, escrito por dos excelentes conocedoras del Ochocientos, es el mejor ejemplo de cómo «una pequeña, íntima y parcial historia estética de la burguesía decimonónica sevillana, cuyas preferencias artísticas son extrapolables al resto del país» en la segunda mitad del siglo XIX muestra «el sutil entramado con el que se tejen más vastos logros» (p. 183).

Un mundo entero cabe en un álbum. En éste, que firman no sólo Antonia Díaz de Lamarque y sus invitados, sino también aunque de otra manera Isabel Román Gutiérrez y Marta Palenque, se hace cierta aquella sanción rara de la publicación libresca del álbum, se vivifica definitivamente aquel mundo hoy tachado de cursi y ñoño y aún insuficientemente conocido. Para fortuna de la memoria de la autora de *El precio de una dádiva*, única novela suya, tal propósito se cumple con sabia y justa palabra, de modo tal que el lector se interna en aquel microcosmos sincrético, tan sevillano por cierto al combinar poesía y pintura, con los mejores pertrechos, ajeno a todo prejuicio, animado por un respetuoso silencio pronto convertido en música y color.

CRISTINA PATIÑO EIRÍN
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA